

das; al punto enciende una luz, escudriña todos los rincones, vuelve toda la casa de arriba abajo, y no sosiega hasta encontrarla; coneguido esto, ¿cuánta es su alegría? Llama sin detencion á sus vecinas, las manifiesta su hallazgo y les suplica se alegren y celebren con ella su dicha, porque halló la que se le habia perdido. Tal serán, vuelve á decir el Señor, los regocijos que harán los ángeles de Dios en el cielo á la vista de un solo pecador á quien torne otra vez la penitencia á la gracia del Padre celestial. ¿Es acaso esto porque la drama encontrada sea de mayor precio y estima por haber sido perdida? ¿Es mas amable la oveja vuelta al redil por haber andado descarriada mucho tiempo? ¿El pecador penitente es mas digno de los favores del cielo, por haber merecido sus mas severos castigos? No por cierto; es sin duda porque la alegría de lo que se recobra se debe medir con el dolor que causó su pérdida. El justo que persevera, se grangea una estimacion uniforme y goza de una igual complacencia. Un pecador convertido hace cesar el dolor y el sentimiento, enjuga las lágrimas y vuelve á suscitar el gozo y la alegría que parecian haber faltado para siempre. Siendo pues ninguno el valor de la moneda perdida en comparacion del alma señalada con la imágen del mismo Dios, ¿cuán grande y recomendable á la presencia del Señor deberán ser la solicitud y el celo de los que se empleen en buscar almas perdidas, aunque sea á costa de ansias, fatigas y humillaciones? ¿Cuán grande sería su gozo por una sola que tenga la suerte de hallar? ¿Qué extraño es que la sabiduria de Dios, como dice San Agustin [1], para hallar este caudal suyo, tome su antorcha que es la carne de Cristo encendida con la luz eterna, que es la divinidad del Verbo?

Por dos razones principales se alegra Jesucristo en la conversion de un pecador: primera, porque la conversion aplaca su justicia; y la segunda es porque no se malogra en aquella alma el precio de su sangre. Es tan del gusto de Jesús y le causa tanto gozo ver que un pecador se convierte, que si no bastase para conseguir que se convirtiera la pasion y muerte que sufrió, la padeceria de nuevo y moriria otra vez: ógase si no lo que escribió san Dionisio Areo-

[1] Div. August. in Ps. 138.

pagita [1] al célebre Demophilo: "Habiendo cierto hombre infiel hecho apartar de la fe á otro que era fiel, Carpo, que era un varon muy insigne en santidad, lo llevó tan á mal, que pedia á Dios que uno y otro fuesen quemados vivos. Aparecióle Jesucristo á la media noche como detenido en el aire y acompañado de una multitud inmensa de ángeles; en la tierra empero apareció un horno encendido lleno de serpientes, al que eran conducidos aquellos dos infelices, contra los que pedia Carpo que fuesen arrojados en el horno, llevando muy á mal no se realizasen en el acto sus deseos; y en este estado baja Jesucristo á la tierra, y extendiendo sus brazos, arrebató aquellos dos hombres de la boca del horno donde iban á ser echados, vuélvese á Carpo teniendo sus manos levantadas y le dice: *Híreme otra vez con la lanza, pues estoy resuelto á padecer y morir de nuevo por salvar á los hombres.*" Concluyamos pues, dice san Bernardo, que ninguno, por pequeño que sea, debe ser despreciado, porque siempre es hijo adoptivo de Dios por la fe y por la gracia, y el Señor cuida particularmente de él.

Otra tercera parábola les presentó el Señor para aclarar la verdadera significacion de las dos precedentes, y como para darle mayor expresion y viveza, ó para manifestar mas la ardentísima caridad de su corazon, á fin de ganar mas el nuestro llenándole de mayor confianza y consuelo. Para entenderla bien conviene no perder de vista lo que ocasionó la explicacion empezada entre Jesús y los fariseos. Tratábase siempre de los justos de la Sinagoga, á los cuales parecia posponer el Señor, dando la preferencia á los pecadores, con los cuales se le reprecia ser pródigo de sus cuidados y de su ternura. Su Majestad no se opone á la justicia y á la inocencia que se atribuye á los unos, y conviene llana y sinceramente en el mal estado de la conciencia de los otros; esto supuesto, quiere que atiendan mas los fariseos á lo que va á decir, y que vean si es justo el juicio que hacen de su Majestad.

Un hombre, les dice Jesús, tenia dos hijos, y el mas jóven de

[1] Div. Dionis Areopag. Ep. ad Demophilum.

ellos dijo á su padre: Dadme, padre mio, la porcion que me debe tocar de vuestros bienes para aumentarla en provecho mio. Está muy bien, respondió el padre: y dividiendo luego aquellos en dos partes, dió á cada uno lo que le tocaba. Un jóven con muchos bienes y demasiada libertad siempre corre grandes riesgos; este jóven desventurado bien pronto lo experimentó. Conocia que en la casa paterna, y aun fuera de ella en su propio país, siempre habia de encontrar un freno saludable á sus pasiones, por lo que se determinó á viajar á un país extraño, donde no hubiese quien pudiera notar sus faltas y corregirlas. Allí se entregó á toda clase de excesos y liviandades, y en poco tiempo disipó en desenvolturas todos sus bienes. Mas para colmo de sus desgracias, y cuando ya de sus cuantiosos bienes nada le quedaba, sobrevino una hambre terrible que desoló el país. Entonces, sintiendo todo género de necesidades y privaciones, tomó el único partido que le quedaba, que era el ponerse á servir. Habia dejado un padre bueno y tuvo que buscar un amo que la fortuna le deparó extremadamente feroz, el que sin permitirle vivir en la ciudad lo desterró á una casa de campo, encargándole el cuidado de una manada de cerdos; mas, ¡quién lo creyera! Ni aun á costa de tanta degradacion encontró para sí el alimento necesario. Envidiaba la suerte de los cerdos, y no le era permitido llegar al alimento vil de que ellos se mantenian.

En este estado de tan extremada miseria, ¡cuántas serian las amargas reflexiones que á sí mismo se haria! ¡Cuántos los remordimientos con que se afligiria? Un estado tan violento y precario debia necesariamente producir la desesperacion en un corazon menos confiado. Por fortuna no se habian borrado aun en el corazon de este jóven las ideas de bondad y misericordia que eran naturales en su padre; y acordándose de ellas y de que aquel es su padre y el su hijo, mirando antes de todo su propia indignidad, conociendo que no tiene derecho para exigir otra vez sus cariños, pero no dudando de su bondad y clemencia, lleno de confianza determina presentarse á él. Para animarse mas á esta santa y heroica resolucion, exhortábase á sí mismo y se decia: ¡Cuántos criados y domésticos viven actualmente en la casa de mi padre, donde tienen

el pan con abundancia, y yo estoy aquí pereciendo de hambre! ¡Ah! Yo parto luego; voy á buscar á mi padre y le diré: Pequé, padre mio, contra el cielo y contra tí: no soy digno ni merezco el alto honor de llamarme hijo tuyo; pero á lo menos, señor, no me niegues la gracia de admitirme en el número de tus criados. A tu vista, padre mio, lloraré cada día mis extravíos, y mis lágrimas me harán cada día mas digno de tí. Tú y el cielo seréis testigos de mi arrepentimiento, y espero que aun me bendecirás un día porque volví arrepentido á tu vista.

No podia retratarse con mas exactitud el pecador que se desvía de Dios por el desordenado amor á la independecia, y que desviado y viviendo á sus anchuras disipa los dones naturales y arroja de sí los sobrenaturales, trocando la sabiduría por la necedad, la verdad por la mentira, la riqueza por la mendiguez, y por un deleite momentáneo la posesion del bien incommutable y eterno. El hambre que se padecia en la tierra á donde fué á parar el pródigo, muestra la miseria del corazon que no es alimentado con el pan del cielo. El haberse puesto á servir, denota la esclavitud del demonio á que se sujeta el que echa de sí la suave coyunda de Cristo. El enviarle á cuidar puercos, es figura de la vileza á que es abatido el hombre por el amor de la carne y del mundo. En el deseo de comer bellota está representada la hambre de los deleites y de los bienes del siglo; hambre perpetua, porque nunca se harta, y que hace mas desdichado al que mas alcanza lo que desea, porque acaba los bienes de fortuna y de gracia, los de buena fama y honor, y los de robustez y salud, debilitando, degradando y envileciendo el hombre hasta hacerle de peor condicion que el mulo y el caballo que no tienen conocimiento.

Inspirado el corazon de este hijo por la viveza de los afectos verdaderamente filiales, sintió latir en su pecho toda la ternura del amor, y la hermanó luego con el fuego de la penitencia por medio del arrepentimiento que lo quebrantó, trocándose de malo en bueno, y de esclavo del pecado en hijo de Dios; no desestimando la cooperacion de la gracia con que el Señor le ayudaba y fortalecia sus esfuerzos. Cuando el pecador se halla en este estado alumbrado con

la luz que despreció primero, comienza á ver la sima tenebrosa en que le despenó el pecado, á sentir la falta de los bienes perdidos y á envidiar la verdadera riqueza de los que sirven á Dios, diciendo como el pródigo: *¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen el pan de sobra, y yo estoy aquí pereciendo de hambre!* Reconoce donde estuvo, porque estuvo en el pecado y se duele; donde estará, porque ha de estar en el juicio y teme; donde está, porque se halla en la miseria y gime; donde no está, porque le falta la gloria y por esto suspira [1]; por esto vuelve sobre sí doliéndose: sobremanera de sus culpas. Desconténtale ya la burlería del mundo, espántale la miseria de sus pasiones, y resuelto á dejar el pecado y la ocasion del pecado, dice: *Me levantaré é iré á mi padre.* Con mis deseos que son los piés de mi corazón, buscaré al que es padre mio y me ama como padre, caminando hácia él con pasos de amor hasta postrarme á sus piés y confesarle mi culpa diciéndole: *Pequé, padre, contra el cielo y contra tí.* De tí me aparté dejándote de amar y amando lo que es infinitamente menos que tú; hicime esclavo de mis pasiones para no ser dominado de la caridad; ingrato fui á tu amor, contra tí conspiré abriendo las puertas de mi corazón á la tiranía de la concupiscencia. No guardé para tí los frutos del amor; perdido tengo el derecho de llamarte padre, *ya no merezco ser llamado hijo tuyo*, indigno soy de tu gracia y de tu misericordia. ¡Oh padre! ¡Oh padre! ¡cuánta ha sido mi ingratitud para contigo!

¿Dónde están? ¿Qué se han hecho, padre mio, los cariños con que en otro tiempo me regalabas y acariciabas? Me estrechabas contra tu pecho, y tu ardiente boca imprimía en mi frente el dulce sello del amor. Mi corazón palpitaba, y yo sentía los latidos del tuyo que saltaba de placer cada vez que me miraba. ¡Ah! Entonces no desmerecía ser tu hijo. Deja pues ahora los cariños y ternezas de padre para tus hijos buenos, para los inocentes, para aquellos que en todo te dieron gusto é hicieron tu voluntad. Mas aunque yo no soy de estos, padre mio, *trátame siquiera como á*

[1] Div. Gregor. Hom. 34 in Evangelia.

*uno de tus jornaleros*, admíteme en tu casa, y en ella haré la vida penosa y trabajosa de la penitencia, sujetándome enteramente á tu servicio para resarcir con las lágrimas y con el esfuerzo del espíritu las ofensas contra tu Majestad cometidas.

Como luchaban en el corazón de aquel hijo mil encontradas ideas, así luchan también en el del hombre penitente. El conocimiento de las faltas produce la humildad, el de la bondad del padre engendra la confianza; con la humildad se postra el hombre á la presencia de Dios; con la confianza se levanta y corre hácia él. Aun estaba bien lejos de la casa paterna, cuando su buen padre lo percibe. Los andrajos y la miseria no desfigurán jamás tanto á un hijo que lo hagan desconocido al padre que le dió la vida: conmoviéronse sus entrañas, se estremeció su corazón á la vista de su hijo, corrió á su encuentro, le echó los brazos al cuello y lo abrazó con ternura. Entonces cumple el joven sus votos, y antes que sus labios articulen una sola palabra, sus lágrimas, fieles intérpretes de un corazón arrepentido, le dicen claramente la pena que al suyo devora. Rompe el silencio poblando el aire de suspiros, y pronuncian sus labios aquellas palabras que fueron el preludio de su conversión: *Padre, pequé contra el cielo y contra tí; yo no soy digno de llamarme hijo tuyo.* Ninguna excusa tengo que alegar en vuestra presencia, nada puede dispensarme del justo castigo que merezco. No le niega el dulce nombre de padre, pero confiesa que despreció la dignidad de hijo; no deja de correr á la casa paterna; pero solicita el último lugar, que es el de los jornaleros; confiesa su culpa y busca al ofendido; reconoce la ternura del padre, y no duda que le matará el hambre. Aunque en el que trata de convertirse debe prevalecer la confianza al temor, conviene que estos dos afectos nunca se separen de la interior humillación, sin la cual no es fructuosa la penitencia. Desventurado el hombre que peca y no vive constantemente humillado, pues sabe de cierto que perdió la gracia é ignora si la ha recobrado. Esta incertidumbre, al paso que no se opone á la confianza en Dios, obliga al pecador á que sea humilde y á que al menos se posponga á los inocentes.

Estaba el padre tan fuera de sí de gozo, que sin responder al hi-

jo y sin permitirle acabar su discurso, llamó á sus criados y les dijo: ¡Ea! daos prisa, traed la ropa primera de mi hijo y vestídsela á mi presencia; ponle un anillo en el dedo y calzadle nuevas sandalias, pero todo esto es muy poco; id corriendo á mis baños, traed un becerro cebon, matadlo y preparadnos un gran banquete; comamos juntos y regocijémonos, pues para mí ya había muerto mi hijo, y vedle allí resucitado. Yo le juzgaba perdido y ya le tengo hallado; y luego se preparó la mesa, se sentaron en ella, resonaron las salas con las melodías de la música, y se entregaron al gozo y á la alegría; sobre todo lo que dijo san Crisóstomo [1]: Conoció el padre el arrepentimiento y la penitencia, y no esperó oír las palabras de la confesion, sino que previno y anticipó las concesiones obrando misericordiosamente. Y el venerable Beda añade: Le sale al encuentro el padre, porque le ve venir ya presagia felizmente su arrepentimiento, y no contento con concederle cosas menores, se prepara á otorgarle las mayores; y pasando sin dilacion de uno á otro extremo, le restituye la primitiva dignidad de hijo, no tratando ya con él de la paga de un jornalero, sino de la heredad de hijo [2].

A pesar de todo esto, y aun después de que el hombre es admitido á la gracia de Dios, ¿le será por ventura lícito entregarse de tal manera al reposo y sosiego de su vida, que viva en adelante como si nunca hubiese pecado? Aunque la penitencia sea verdadera y fervorosa, no por eso debe el pecador entregarse al uso y ejercicio de aquellas cosas, que si bien son lícitas á los inocentes, no son propias de los penitentes. El Espíritu Santo asegura que deben temerse aun las culpas perdonadas; ¿y cómo temera el hombre su pecado si no le humilla su memoria? ¿Y qué humillacion es creerse con derecho á las honras del mundo y afanarse por los bienes temporales y no huir los deleites, y en fin, proceder en todo como si no hubiera pecados por qué satisfacer á Dios, y por qué creerse indigno de su providencia y de su misericordia? Esta verdadera humillacion de los penitentes es estímulo de la benignidad de Dios representada en la presteza con que este padre corrió en busca del hijo

[1] Div. Crisostom. Hom. de patre et duobus filiis.

[2] Ven Bed. in cap. 9 Luca.

arrepentido, y le buscó y le echó los brazos al cuello. Pedia el pródigo que le admitiese por siervo, y él no se desdeñó de llamarle hijo; no tuvo asco de su pobreza, ni desechó su desnudez, ni le abandonó su bendicion; mas le salió al encuentro, y le vistió de ropa muy buena, y le mató la hambre en solemne y abundante convite. La música y la danza que hubo en él, denotan la alegría de la Iglesia en la conversion del pecador, y muestran á los pastores y directores de las almas la dulzura de la caridad con que deben tratar á los recién convertidos; pues sin el bálsamo suavísimo y restañador de esta excelsa virtud, las heridas de los pecados permanecerian mucho tiempo abiertas, sin que la criatura experimentase el menor sosiego en su corazon.

Mientras duraba el festin y se entregaba el padre á todas las demostraciones de alegría, volvía del campo el hijo primogénito; y al oír el concierto de los instrumentos y las voces de los que cantaban, quedó sobrecogido de admiracion: como no dando crédito á sus propios oídos, llamó á uno de los criados para enterarse de todo, el cual le dijo: Que habiendo vuelto su hermano, había recibido su padre tanto contento al verlo bueno, que al punto había mandado matar la ternera mas gorda para regalarle con sus amigos. El criado hablaba solamente de la salud del cuerpo, pero el padre estimaba mucho mas y valia muchísimo mas en su juicio la salud del alma. Esta noticia causó singular amargura y pesar en el corazon del hermano; y mientras el padre hacia público á todo el mundo su regocijo, él no podia disimular su pesar y despecho: el padre convidaba á todos con la satisfaccion que gozaba, y el hijo mayor condenaba todo aquel exceso de alegría; y bien lejos de tomar parte en ella, daba á entender su tristeza y los celos que le causaban la buena acogida que se había hecho á su hermano.

La envidia entre dos hermanos es vicio tan comun, que no debe causaros novedad la indignacion del mayor. Este tomó la resolucion de no entrar en la casa y de no turbar la fiesta, en la que le persuadia su despecho que estaria de mas. Informado el amoroso padre de la pesadumbre de su hijo mayor, conoció que tenia dos hijos á quienes amaba igualmente, pero á cada uno segun su estado.

Salió en busca de su hijo mayor, y llegándose á él le dijo, mas como amigo que como padre: ¡Qué es eso, hijo mio! Entra en casa, yo te lo ruego, y participa de mi alegría y regocijo; este no puede ser para mí cumplido si tú me faltas. ¿Y cómo quereis que yo me deje ver? respondió prontamente el envidioso hijo. Después de tantos años como ha que os sirvo constante, decidme si por ventura una sola vez he faltado en seguir vuestras inclinaciones y en ejecutar vuestra voluntad. Con todo eso ¿os ha venido al pensamiento alguna vez ofrecirme algún cabritillo para regalar á mis amigos? ¡Vuestro hijo, que dicen que ha vuelto, lo ha hecho mejor que yo! El se ha comido cuanto le tocaba, y lo ha gastado viviendo licenciosamente; él vuelve arruinado y mendigo; vos le abris vuestro corazón, ordenais que se mate un becerillo gordo y no hallais cómo festejarlo. Hijo mio, replicó el padre sin enojarse por su mal humor; tú estás siempre conmigo; todos mis bienes son tuyos; yo te dejo la libertad de disponer de ellos, y eres en casa tan dueño como yo mismo. ¿Has pensado bien lo que valen estos beneficios? ¡Qué quiere decir en comparacion de un amor y una amistad tan liberal y constante, una fiesta pasajera que pedia de mí una circunstancia tan singular? Era muy debido hacer un banquete extraordinario y dar alguna cosa á la alegría de toda mi casa, pues tu hermano habia muerto y ha resucitado; estaba perdido, y hemos tenido la dicha de encontrarlo.

La indignacion y las quejas del hermano mayor denotan los celos indiscretos que la gente imperfecta suele tener de las dulzuras sensibles con que regala Dios á los nuevos penitentes. La respuesta del padre es aviso para el que ignora los caminos de Dios en la conversion de los perdidos, y juntamente una muestra de la sabiduría con que ayuda á los flacos en el principio de su nueva vida, y á los fuertes aleja de los regalos de su casa y los expone al calor y frio, y al huracan de las tentaciones. El con los ojos de la fe reconoce esta providencia de la misericordia de Dios, está mas lejos de caer en una de las tentaciones ordinarias que tienen los buenos siervos. Poquilla es de la santidad el recuerdo de las buenas obras cuando se cuentan los años de servicio para exigir en premio dulzuras

temporales. Nunca te compares con el que acaba de convertirse, ni digas: Este viene hoy á servir á Dios; yo, hace ya veinte ó mas años que trabajo en su casa. Mas piensa que en tantos años quizá no has tenido un solo instante de fervor, y que cada uno de tus méritos es una deuda contraida para con Dios, la cual si no te humillas no será satisfecha; porque Dios, que con su gracia satisface, solo la otorga y concede á los pequeñuelos y humildes. Y al contemplar san Agustin la indignacion y enojo del hermano mayor [1], dice: Nada prueba mejor la voluntad y el corazón del hombre espiritual, como la curacion ó remision de un pecado ageno, si meditando la libertad que el infeliz consigue y los auxilios de la divina gracia con que se libertó, da gracias á Dios por la mayor gloria que le resulta, y se alegra por ello y por la salvacion de su hermano. Y san Dionisio Areopagita ya habia dicho tambien [2] en el mismo sentido y concepto: En verdad es bueno, muy bueno, y sobremañera bueno el divino Jesús, que se presenta amable á los que vuelven á él; que sale al encuentro á los que se le acercan; y abrazando cariñosamente á todos, los saluda con amor; y apenas los ve apartados del error, los carga sobre sus hombros sin acordarse de las faltas que anteriormente cometieron; por su regreso, celebra con sus amigos un festin; y para que sea comun á todos la alegría, hasta á los mismos ángeles convida.

Sublimes son, no hay duda, á la par que instructivas, las tres parábolas que acabamos de referir, con el mismo orden que las propuso y refirió el divino Maestro: ellas suministran á los hombres mil tiernas y afectuosas consideraciones para el consuelo de los pecadores penitentes, y para la confusion de los hipócritas y justos presuntuosos: seria intentar un imposible querer insinuarles á todas, y puesto que todas se insinúan por sí mismas, dejaremos su exámen al buen juicio de los verdaderos creyentes, para seguir á su Majestad en las últimas lecciones que nos vaya dando antes de llegar á su pasion.

[1] Div. August. in Ep. ad Galat. cap. 6.

[2] Div. Dionis. Areopag. Ep. ad Demophilum.

## ORACION.

SOBRE EL DEBER DE NO ESCANDALIZAR A LOS PEQUEÑUELOS.

Señor mío Jesucristo, Maestro bueno, rector y director universal, rige y gobierna todos los pensamientos y actos de mi vida, tanto interiores como exteriores, para que jamás provenga á nadie escándalo alguno por mí ó á mí por otros, sino que tu gracia arranque y estirpe de mí todo motivo y ocasion de escándalo para unos y para otros. Concédeme también la dicha de que jamás piense ni presume despreciar á los pequeñuelos que tú honras, y en tí creen y esperan, sino que los honre y venero como tú los honras y veneras, enviándoles tus santos ángeles para su ministerio y custodia, y viniendo tú al mundo para morir por ellos y salvarlos á todos. Imprime, Señor, en mi alma esta importante doctrina. Enséñame el camino por donde se alcanza la verdadera grandeza, y dame que desestimando todo lo que se llama grande en este mundo, aspire á serlo solamente en tu reino. Fíndame en la humildad para que me desprecie como merezco, y me tenga y me repute por nada. Hazme bueno y dame amor á los buenos, y aliento para sacar la cara por la virtud y por los que la siguen. No consentas que traiga yo á nadie del buen camino, vengan antes mil muertes. sobre mí, ¡oh, Señor! para que no teniendo contra mí criatura alguna en el día del juicio, en la vida y en la muerte me vea siempre libre de tus amenazas y justicias, y merezca tus eternas misericordias. Amen.

## ORACION.

SOBRE LAS PARABOLAS DE LA OVEJA Y LA DRACMA PERDIDAS,  
Y EL HIJO PRÓDIGO.

¡Oh Señor y Dios mío! ¿Quién sino tú, que eres uno con el Padre y el Espíritu del amor, pueden llenar á los ministros que anun-

cian á los pecadores tu Evangelio santo, de esa prudencia que tanto necesitan para evitar su encono y hacerles amable de santa ley? No permitas que esterilice yo las saludables máximas de la religión, diciéndolas antes de tiempo, ó fuera de propósito, ó de un modo ageno de tu sabiduría. Con esta prudencia celestial inspírame también fortaleza para defender la verdad en todo tiempo y ocasion, sin dejarme intimidar de la violenta persecucion que me hagan los enemigos de tu Nombre santo. Dame que contribuya al gozo de los ángeles, trabajando en la conversion de los pecadores; que no se vea en mi obra ni palabra, ni otra cosa que desdiga de los designios de tu piedad en orden á mi salvacion y á la de mis prójimos. Ven, Señor, busca á tu siervo; ven, Pastor bueno, busca á tu oveja descarriada y cansada. Ven, Esposa del Cordero, Iglesia santa, dulce Madre mía, busca la dracma perdida. Ven, Padre de las misericordias, recibe á tu hijo pródigo que vuelve á tí. Ven, no con la vara de la justicia, sino con la caridad y el espíritu de mansedumbre que te son propios; ven pues, Señor, porque tú eres el solo que puedes apartar del error al que yerra, hallar al que está perdido y reconciliar al que está profugo. Ven para obrar la paz en la tierra y el gozo en los cielos. Conviérte á mí, Señor y Dios mío, y yo me convertiré á tí; haré verdadera y perfecta penitencia de mis culpas y pecados, y seré ocasion de alegría á los ángeles y á tí, Señor y Dios mío. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XVIII del Evangelio de san Mateo, desde el versículo 1.º al 11. Al XV de san Lucas, desde el versículo 1.º al 32, todós inclusive. San Marcos la contesta en varios versículos de su capítulo IX.

La Iglesia usa del texto de san Mateo para el Evangelio de la misa del día del arcángel san Miguel, á 29 de setiembre, y en el de su aparicion á 8 de mayo, y en otras festividades.

Del de san Lucas desde el versículo 1.º al 10, para el Evangelio de la Dominica tercera después de Pentecostés; y desde el versículo 11 hasta el 32 para el de la misa del sábado de la segunda semana de cuaresma, todós inclusive; unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DEL ARCANGEL SAN MIGUEL.

*San Mateo, cap. XVIII, vs. 1 al 11.*

En aquel tiempo se llegaron los discípulos á Jesús y le dijeron: ¿A quién tienes tú por mayor en el reino de los cielos? Y llamando Jesús á un niño lo puso en medio de ellos y dijo: En verdad os digo: Si no os convertís y haceis como niños, no entrareis en el reino de los cielos. Cualquiera pues que se humillare como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos. Y el que recibiere á un niño tal en mi nombre, á mí me recibe. Mas al que escandalizare á uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor le fuera que atándole al cuello una piedra de molino lo arrojasen al profundo del mar. ¡Ay del mundo por los escándalos! Porque necesario es que vengan escándalos; mas ¡ay de aquel hombre por quien viene el escándalo! Y así si tu mano ó tu pié te escandaliza, córtalo y échalo de tí. Mas te vale entrar á la vida manco ó cojo, que teniendo dos manos ó dos piés ser arrojado al fuego sin fin. Y si tu ojo te escandaliza, sácalo y arrójalo de tí. Mas te vale entrar á la vida con un ojo, que teniendo los dos ojos ser echado al fuego eterno. Mirad que no menospreciéis á ninguno de estos pequeñitos. Porque os digo que sus ángeles en los cielos ven de continuo la cara de mi Padre que está en los cielos.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMÍNICA TERCERA DESPUES DE PENTECOSTES.

*San Lucas, cap. XV, vs. 1 al 10.*

En aquel tiempo se llegaron á Jesús los publicanos y los pecadores para oírle. De lo cual murmuraban los escribas y los fariseos diciendo: Este admite á los pecadores y come con ellos. Y él les dijo esta parábola: ¿Quién de vosotros, si tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las otras noventa y nueve en el desierto para ir en busca de la que se perdió hasta encontrarla? Y en hallándola la pone gozoso sobre sus hombros, y volviendo á casa convoca á

los amigos y á los vecinos diciéndoles: Dadme el parabien, que he hallado á mi oveja que se habia perdido. Digoos que del mismo modo habrá mayor gozo en el cielo por un solo pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no necesitan de penitencia. ¡O qué mujer, si tiene diez dracmas y pierde una dracma no enciende la antorcha y barre la casa, y la busca con diligencia hasta que la encuentre? Y habiéndola hallado convoca las amigas y las vecinas, diciendo: Dadme el parabien, porque he encontrado la dracma que habia perdido. Así os digo que tendrán gozo los ángeles de Dios de un pecador que haga penitencia.

EVANGELIO DE LA MISA DEL SABADO DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.

*San Lucas, cap. XV, v. 11 al 32.*

En aquel tiempo dijo Jesús á los fariseos y á los escribas esta parábola: Un hombre tenia dos hijos, y el mas mozo de ellos dijo á su padre: Padre, dame la parte de la hacienda que me toca. Y les repartió la hacienda. No habian pasado muchos dias, cuando el hijo mas mozo, juntándolo todo, se marchó lejos á una tierra apartada, y allí disipó su hacienda viviendo disolutamente. Cuando ya lo hubo consumido todo, sobrevino una grande hambre en aquella tierra y comenzó á tener necesidad. Y fué y se puso á servir con un ciudadano de aquella tierra, el cual le envió á su casa de campo á guardar cerdos. Y él deseaba llenar su vientre de las algarobas que comian los cerdos, mas nadie se las daba. Y volviendo en sí dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen el pan de sobra, y yo aquí estoy pereciendo de hambre! Levantaréme, é iré á mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y contra tí; no merezco que me llames hijo tuyo; trátame como á uno de tus jornaleros. Y levantándose fué á su padre. Estando él aun lejos, le vió su padre y fué movido de misericordia; y corriendo á él se le echó al cuello y le besó: díjole el hijo: Padre, pequé contra el cielo y contra tí; ya no merezco me llamen hijo tuyo. El padre entonces dijo á sus criados: Traed luego el mejor vestido y vestídselo, y po-

nedle un anillo en la mano y sandalias en los piés, y traed un becerro cebado y matadle, y comamos y tengamos un banquete, porque este hijo mio estaba muerto y ha revivido, habíase perdido y es hallado. Y comenzaron el banquete. Hallábase á la sazón su hijo mayor en el campo, y al venir, estando ya cerca de la casa, oyó la música y la danza, y llamó á uno de los criados y le preguntó qué era aquello. Y uno le dijo: Ha venido tu hermano, y tu padre ha hecho matar un becerro cebado porque le ha recobrado en sana salud. Indignése el hermano y no quería entrar. Saliendo entonces el padre, rogábase que entrase. Mas él respondió á su padre: Hace tantos años que te estoy sirviendo sin haber quebrantado jamás tus mandamientos, y nunca me has dado un cabrito para comer con mis amigos; y apenas ha venido este hijo tuyo que ha malbaratado su hacienda con ramerías, mandaste matar un becerro cebado. Dijole él entonces: Hijo, tú siempre estás conmigo y todas mis cosas son tuyas; mas era menester hacer banquete y holgarnos, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, habíase perdido y es hallado.

## CAPITULO XI.

ENSEÑA JESUCRISTO EL MODO COMO SE HA DE VERIFICAR LA CORRECCION FRATERNA: DECLARA LA OBLIGACION DE PERDONAR LAS INJURIAS HASTA SETENTA VECES SIETE, Y PROPONE LA PARABOLA DEL REY QUE PIDIÓ CUENTAS A SUS CRIADOS.

Grande como es el gozo que disfrutan los ángeles en el cielo por un pecador que se convierte, y lo es también el que sienten cuando la criatura se esfuerza cuanto le es posible para reducir al camino de la salvación á la oveja que se descaminó. Los apóstoles comprendieron bien esta verdad con motivo de la manifestación del amor y celo que les hizo Jesús en obsequio de los pequeños que creían en él; y deseosos de complacerle como era natural, le preguntaron sobre el modo como debían portarse cuando alguno de sus hermanos quisiera perderse por su malicia; y su Majestad se dignó instruirlos como ellos deseaban. *Si pecase contra ti tu hermano, ve y repréndele entre ti y él solo.* Lo que fué decirles: No creais, discípulos míos, que yo quiera que si alguno de vuestros hermanos fuese vicioso y estuviese tan descaminado que os llegase á ofender y ofendiese altamente al prójimo con su conducta desarreglada, que-